

LEIBNIZ
(SIGLOS XVII
Y XVIII)

Vida y obras.
Dimensión filosófica.
La crítica de Descartes.
La mónada.
Jerarquía de las mónadas.
El problema de la comunicación de las sustancias.
El optimismo metafísico.
El conocimiento.
La Teodicea.
Conclusiones.

LEIB

NI Z-

1. VIDA Y OBRAS.—Godofredo Guillermo Leibniz (1646-1716) nació en Leipzig y murió en Hannover. Es uno de los más vastos ingenios de la Humanidad. Estudió las lenguas clásicas y conocía la filosofía escolástica. Gran matemático, descubrió el cálculo infinitesimal al mismo tiempo que Newton el método de fluxiones. Intervino activamente como diplomático en la política europea. Fundó la Academia de Ciencias de Berlín, de la cual fue el primer presidente. Trabajó con Bossuet para unir el catolicismo y el protestantismo, pero no llegó a convertirse. Conocía la teología y en sus páginas asoman con frecuencia nombres de teólogos españoles.

Sus obras principales son:

Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano;
Teodicea;
Discurso de Metafísica;
Nuevo sistema de la naturaleza;
Principios de la naturaleza y de la gracia;
Monadología.

2. DIMENSIÓN FILOSÓFICA.—Con Leibniz acaba propiamente el período filosófico del racionalismo instaurado por Descartes, y en él se inicia la nueva época del idealismo. Leibniz se mueve, pues, en la problemática planteada por Descartes, Malebranche y Espinosa. Pero, por otra parte, se halla atento a las grandes cuestiones de la filosofía escolástica y, sobre todo, del florecimiento teológico español del siglo XVII. También los empiristas ingleses, aunque sólo sea por vía de condicionamiento problemático, están presentes en Leibniz.

3. LA CRÍTICA DE DESCARTES.—Para una rápida ojeada de la filosofía de Leibniz es conveniente partir de la crítica que este autor hizo de la física cartesiana. Recuerdese que Descartes reducía el cuerpo a extensión. En un sistema cerrado la cantidad de movimiento es con-

stante. El mundo en su totalidad es un sistema cerrado y la constante universal viene expresada por la fórmula $m \cdot v$. Leibniz corrige este error físico de Descartes y establece que la constante universal es la fuerza viva $\frac{m \cdot v^2}{2}$. El mecanicismo y geometrismo de la física de Descartes es rechazado por Leibniz. Los cuerpos no se reducen a extensión. Si toma, por ejemplo, dos cuerpos, una esfera y un cubo, y los disminuye en su extensión hasta dejarlos reducidos a un punto inextenso, el resultado final de esta operación es algo inextenso, pero con estructura diferente en cada caso. No es la extensión la esencia de los cuerpos, sino la fuerza, la *vis*. La física de Leibniz no será estática, sino dinámica.

4. LA MÓNADA.—Todo centro de fuerza, de energía, de actividad es para Leibniz sustancia. Las sustancias no son dos, como en Descartes, ni una, como en Espinosa, sino infinitas. A cada una de estas sustancias que constituyen la estructura metafísica de los seres llama Leibniz *mónadas*. Etimológicamente, mónada significa unidad. Las mónadas son los elementos indivisibles de las cosas. La mónada es simple, indivisible, inextensa, inalterable; no comienza sino por creación, y no acaba sino por aniquilamiento. No está sujeta a ninguna acción exterior; ni actúa ella misma sobre nada exterior. La esencia de la mónada es la fuerza: una fuerza representativa y apetitiva; por tanto, viva, animada. Cada mónada representa en sí el mundo entero: su vida consiste en el despliegue interno de sus propias posibilidades.

5. LA JERARQUÍA DE LAS MÓNADAS.—Ninguna mónada es inerte, pero cada una es respecto de las demás más o menos consciente, y según el grado de conciencia con que cada una refleja el mundo entero establece Leibniz una jerarquía que va desde la mónada infinita—Dios—hasta las mónadas que constituyen los cuerpos naturales. No hay dos mónadas iguales. La corporeidad está constituida por mónadas de imperfecta fuerza representativa, de percepción en el mínimo grado de claridad. Hay mónadas que, además de conciencia, tienen memoria; además de percepción, apercepción: es la mónada que constituye el alma humana. Hay, finalmente, una mónada infinita, creadora, una mónada de las mónadas: Dios.

6. EL PROBLEMA DE LA COMUNICACIÓN DE LAS SUSTANCIAS: LA ARMONÍA PREESTABLECIDA.—Si la mónada está encerrada en sí misma, sin ventanas; si no ejerce ninguna acción exterior ni es actuada desde fuera, parece imposible la comunicación de las sustancias. Si cada mónada es el despliegue interno de sus propias posibilidades, pero, al mismo tiempo, refleja en sí el universo entero, es forzoso suponer un orden establecido para cada mónada, de tal manera que su propio desenvolvimiento coincida con el desarrollo de todas las restantes. Este orden no puede haber sido establecido más que por Dios y constituye lo que Leibniz llama la armonía preestablecida.

El famoso problema de la comunicación de las sustancias en el racionalismo lo explica Leibniz en el símil de los relojes. En Malebranche hay dos relojes—pensamiento y extensión—puestos de acuerdo constantemente por el relojero—Dios—. En Espinosa hay un solo reloj con dos esferas—la sustancia y sus dos atributos—y el problema de la comunicación desaparece. En Leibniz, los relojes son infinitos—las mónadas—y el relojero—Dios—es un artífice perfectísimo que no necesita ponerlos de acuerdo, ya que, al construirlos, los hizo con tal perfección, que por sí mismos marchan de acuerdo.

7. EL OPTIMISMO METAFÍSICO.—Todo lo que acontece en el mundo ha sido preestablecido desde el principio por Dios. Y es forzoso pensar que Dios ha seguido al crear el mundo el criterio de lo mejor. Por eso este mundo encierra el mayor número de bienes con la menor cantidad posible de males: vivimos en el mejor de los mundos posibles.

8. EL CONOCIMIENTO.—Distingue Leibniz dos clases de verdades: las verdades de razón y las verdades de hecho. Las verdades de razón son necesarias, eternas, inmutables y, por tanto, evidentes a priori independientemente de toda experiencia. Se fundan en el principio de contradicción. Las verdades de hecho son contingentes y adquieren su valor en la experiencia. Se fundan en el principio de razón suficiente. Mas habida cuenta de que todo cuanto acontece está incluido en las posibilidades internas de cada mónada, si conociésemos su esencia completa, podríamos percatarnos de que las verdades

de hecho están necesariamente incluidas en la esencia de la mónada. Las verdades, pues, serían todas en último término verdades de razón. Para Dios no hay verdades de hecho, pues al conocer la esencia completa de cada mónada, ve cómo acontece necesariamente lo que al hombre, desde su punto de vista, le parece temporal y contingente.

Las ideas proceden todas de la actividad interna, de la *vis representativa* de la mente. Todas las ideas son ignotas no ya en el sentido psicológico, sino hasta en sentido metafísico. En lo que se refiere al problema del origen del conocimiento, Leibniz es el racionalista completo, en radical oposición al empirismo de Locke, contra quien combate.

9. LA TEODICEA.—Leibniz fue el primero en llamar al tratado racional de Dios *Teodicea*, es decir, justificación de Dios. ¿De qué tiene Leibniz que justificar a Dios? La omnipotencia y la creación se dicen atributos de la divinidad; ¿cómo hacerlos compatibles con la existencia del mal en el mundo?

Para Leibniz el mal puede ser metafísico, físico o moral. Ninguna de estas tres especies de mal tiene por causa a Dios. El mal metafísico es inherente a la finitud del mundo. El mal físico se justifica por la existencia de bienes superiores. El mal moral no es producido por Dios, sino permitido en cuanto es condición para la existencia de otros bienes. Se ve, pues, que el mal propiamente no es nada positivo, sino algo negativo: es un defecto de bien.

10. CONCLUSIONES.—La filosofía de Leibniz, en medio de los defectos inherentes al racionalismo, tiene valores indiscutibles:

Ha superado el mecanicismo cartesiano y ha dado una interpretación finalista de la naturaleza.

No considera las cosas desde un ángulo materialista, sino desde el punto de vista del espíritu.

En lo que se refiere a la actividad del espíritu, ha superado el punto de vista mecanicista y geométrico de Descartes y Espinosa: junto al pensamiento consciente pone Leibniz la actividad subconsciente del espíritu.

No obstante esto, y a pesar de su gran talento, no logró Leibniz más que una filosofía dependiente de su época, debido, sin duda, a que el contacto con la filosofía y teología del renacimiento español no fue lo suficientemente vivo y eficaz. Abre nuevas vías a los problemas, pero no acierta en las soluciones.